



Una sala de la casa de Napoleón, en Ajaccio (estado actual). Al fondo, el piano de su madre.

#### CAPÍTULO IV

##### LA ACADEMIA DE BRIENNE

Entretanto, proseguía Carlos diligenciando el ingreso de su hijo en la academia militar de Brienne. Según el reglamento, nadie podía ingresar con beca ó pensión del Estado sin justificar la nobleza de sus padres. Por lo tanto, era preciso ante todo proveerse de los documentos necesarios al objeto, que, según la regla estatuida, habían de ser certificados de nobleza, expedidos conjuntamente por el intendente de la Generalidad, el gobernador de la región, el obispo de la diócesis y dos nobles que conocieran á la familia del solicitante.

En el caso de Napoleón, atestiguaron la nobleza los nobles ajaccianos Aníbal Folaccio y Pedro Colonna de Ornano, el magistrado Demetrio Stephanópoli y el gobernador interino Bute, sin que aparezca la firma del obispo. Además de este documento, presentó Carlos un testimonio de nobleza, corroborado por sus pares y redactado literalmente como sigue :

« Los infrascritos damos testimonio pleno de que la familia Bonaparte, representada por los señores Luciano y Carlos, ha estado y está reputada entre las de viejo y noble abolengo de esta ciudad, por ser tanto ellos como sus antepasados de *vissuti more nobilium* y haber emparentado con las más preclaras familias del reino. Y esto lo sabemos por haberlo oído así á nuestros mayores. Dado en Ajaccio á 19 de Agosto de 1771. — *Pedro Colonna de Ornano*. — *Camilo José Colonna de Ornano*. — *Agustín Ramolino*. — *Benedicto Benielli*. — *Esteban Pontano*. — *Francisco Baciocchi*. Firmas legalizadas por el notario *Spoturno*. »

Sin embargo, estos documentos de nada hubieran servido á no mediar las recomendaciones del conde de Marbœuf, pues en cuanto á la concesión de becas en las academias militares, la corte tenía en mucho el deseo de los principales personajes del reino, por cuyo conducto recibían la gracia los protegidos.

Chuquet cita á varios jóvenes corsos que, por la protección de elevados funcionarios, lograron ingresar como pensionistas en las academias reales. Así, á Buttafoco lo recomendó M. de Narbonne-Fritzar; á Matza, el conde de Marbœuf, el marqués de Arcambal y el obispo de Autún; á Ornano, el conde de Angiviller; á Arrigo, el mismo ministro de la Guerra y la señora de Castries.

Por dos veces escribió Marbœuf á París en favor de su recomendado Napoleón Bonaparte, quien quedó anotado en la lista de solicitantes con la observación siguiente: *padre pobre y con tres hijos*.

Sin embargo, no bastaba todo esto, pues el genealogista de la corte de Francia, el célebre Hozier de Serigny, tenía el derecho de exigir la prueba fehaciente de que los Bonaparte eran nobles por los cuatro costados, según requisito consuetudinario para ingresar como pensionado por el rey en las academias militares. Carlos se carteo con el severo genealogista, que, por hallar algunos puntos dudosos y oscuros en la estirpe de la familia, quiso que se le aclararan, lo cual logró satisfactoriamente Carlos, y entonces puso Hozier el visto bueno á la instancia.

Ya sin obstáculo que impidiera el ingreso del joven Napoleón en una academia militar, fué destinado primeramente á la de Tiron, en la que poco antes habían estudiado los jóvenes corsos Colonna de

Istria y Petriconi. Pero no estaba contento Carlos con ello, pues había solicitado la de Brienne, que era muy superior en todos conceptos, y en consecuencia diligencióse de nuevo con rápido y feliz éxito. Napoleón salió, pues, de Autún el 21 de Abril de 1779, á los tres meses de estancia, despidiéndose tiernamente de José, quien aún había de permanecer allí cinco años. José derramó abundantes lágrimas al separarse de su hermano. A Napoleón se le saltaron apenas, pero dado su carácter, demostró con ello que no era duro de corazón y susceptible á las emociones de familia, aunque no lo aparentase.

Un caballero francés, el señor de Champeaux, que había sido capitán del regimiento de Niza, se encontraba en el mismo caso que Carlos Bonaparte. También sacaba á su hijo de Autún para llevarlo á Brienne, y como estaba más ocioso que Carlos, á quien le urgía restituirse á Córcega, aceptó el encargo de acompañar á Napoleón á la academia, y aun algunos historiógrafos afirman que le retuvo á su lado tres semanas antes del ingreso. Sin embargo, otros historiógrafos dicen que se encargó de este cuidado el abate Enrique d'Auterive. Da visos de verdad á esto último el que, en la época de su grandeza y acaso en recuerdo del cuidado que con él tuviera, ofreciera Napoleón una mitra al abate d'Auterive, quien rehusó la gracia por afición á los estudios literarios y científicos en que había ya cobrado alguna fama.

La Academia de Brienne era la única, entre las trece reales, que estaba dirigida por frailes mínimos. El rey daba al establecimiento 700 libras anuales por alumno pensionado, al que la dirección debía proporcionar cuanto necesitase para su decoro, mantenimiento personal y completa educación. La disciplina era muy rígida, y sólo el mismo ministro de la Guerra podía conceder licencias en casos de extrema premura, como la gravísima enfermedad de los padres ó parientes próximos. El reglamento interior estaba muy bien compuesto y se relacionaba con los hábitos de disciplina á que se habían de someter los alumnos y con los programas de enseñanza.

Seis años duraban los estudios en Brienne, terminados los cuales era nombrado el alumno cadete gentilhomme de las tropas reales, en espera de obtener el empleo de subteniente por concurso entre los alumnos de todas las escuelas, que anualmente se efectuaba en Brienne, bajo la presidencia del inspector general de las academias milita-

res. Los que salían mal del concurso, estudiaban otro año complementario en la respectiva escuela.

Sin embargo, la dificultad de las comunicaciones no consintió jamás que se efectuase el concurso, pues no fué posible reunir á los alumnos de todas las escuelas diseminadas por el territorio de la monarquía, y así sucedió que, excepto los de marina y artillería, á donde destinaban los alumnos sobresalientes, estaban los demás oficiales muy lejos de acertar en el ejercicio de su profesión.

Según hemos dicho, todas las escuelas dependían de un inspector general, que nunca las inspeccionaba, abandonando este cuidado en manos de dos subinspectores: el caballero de Keralio y el caballero Reynaud des Monts, autor el primero de unos *Principios de Táctica* que le abrieron las puertas de la Academia de Inscripciones. Aunque ambos gozaban reputación de valerosos, era tenido Reynaud des Monts por más severo. Uno y otro tuvieron ocasiones de examinar las notas de Napoleón y de calificarlo según su propio criterio.

La escuela de Brienne contaba á la sazón 150 alumnos y 25 profesores, con el rector, P. Bertou, el vicerrector, también P. Bertou, hermano del anterior, el procurador, P. Patrauld, y el confesor, padre Gemin. Los demás frailes eran profesores de los respectivos cursos del primero al sexto, dos de gramática, tres de matemáticas, uno de inglés, otro de alemán y cuatro respectivamente de esgrima, dibujo, caligrafía y danza.

Sabemos algunos pormenores relativos á la vida habitual de los alumnos de Brienne. Dormían en celdas abiertas á lo largo de dos corredores. En el almuerzo y merienda se les daba frutas con pan; en la comida, sopa, cocido, principio y postres; en la cena, asado, principio y postres. Para beber, vino con la tercera parte de agua.

El uniforme de los alumnos era de paño azul con vueltas y cuello encarnados y botones con las armas de la escuela. El abrigo era igualmente azul con forro blanco, en verano, y azul, en invierno.

La base de los estudios era el latín, con absoluta exclusión del griego, elementos de literatura francesa, recitando las fábulas de La Fontaine y la epístola de Aristeo. Se traducían y comentaban los autores selectos, los coloquios de Erasmo, las fábulas de Fedro, las vidas de Cornelio Nepote, las églogas de Virgilio y las obras de Salustio,

Tito Livio, Cicerón y Horacio. Todo esto aparte de las obras literarias de autores de la época, como Voltaire, Racine, Corneille, Fenelón, Bossuet, Massillon, etc., escrupulosamente seleccionadas. Por libro de lectura corriente tenían la *Historia de los caballeros de Malta*, por el abate Vertot, que los alumnos acababan por saber de memoria á copia de releerla. El sistema pedagógico era muy flexible y daba á los alumnos gran libertad en sus estudios á fin de guiarles con mayor facilidad; pero, según algunos autores, esto fué precisamente causa de que Napoleón no adelantase gran cosa en gramática, máxime no estando muy fuerte en francés. Además, cuentan dichos autores que para disimular las faltas de ortografía se acostumbró Napoleón á su peculiar é ilegible carácter de letra; pero esta versión no es admisible sino que más bien puede suponerse que se debiera á la falta de ejercicio, pues rara vez tomaba Napoleón la pluma, y cuando lo hacía era con prisa de soltarla, como queriendo escribir con la rapidez del pensamiento. Así se acostumbró á escribir ilegiblemente para todos, menos para Bourrienne, su secretario y antiguo condiscípulo en Brienne.

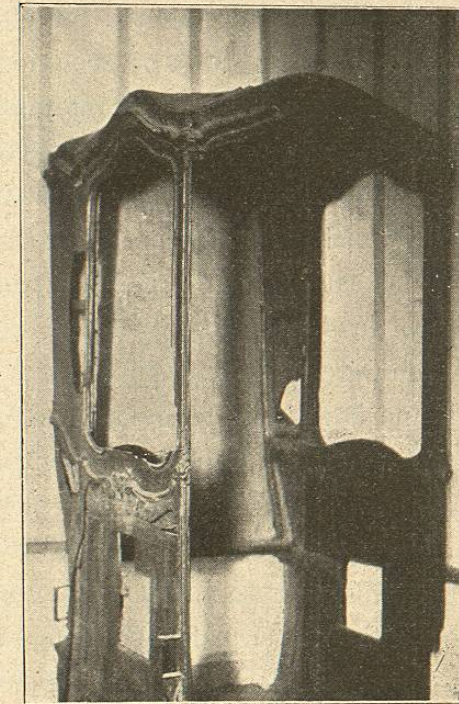
Al ingresar Napoleón, era director de la escuela el P. Lelue, á quien pronto sucedió el P. Bertou, hombre de más firme carácter y más apto para el cargo. El subinspector Des Monts informó al nuevo rector de la relajación en que estaba la escuela, y en vista de ello extremó Bertou la severidad con propósito de restablecer la disciplina. Ya hemos dicho que un hermano suyo, llamado Juan Bautista Bertou, desempeñaba el cargo de vicerrector. Había sido granadero del ejército antes de entrar en la orden de mínimos, y se complacía en enseñar á los alumnos las costumbres de la vida de regimiento. Todo cuanto su hermano tenía de severo y riguroso, tenía él de campechano y francote, con aficiones de músico, que aplicaba á la composición de canciones atractivas por él mismo entonadas delante de los alumnos.

Entre los profesores, sólo dos ejercían idóneamente su cargo: el P. Patrauld, de Matemáticas, y el P. Leinery. De ellos dos guardó únicamente buen recuerdo. Eran los mejores profesores de Brienne á juicio del inspector Des Monts, quien siempre tuvo loanzas para ellos. A este propósito, es curioso observar que Napoleón sólo cobró cariño á los dos únicos profesores verdaderamente idóneos. Repetidor de la escuela era el después famoso Pichegrú, que llegó á general y

cuya aventurera vida tuvo tan misterioso fin. Fué profesor de Napoleón durante el segundo semestre de 1779 y primeros meses de 1780. También tuvo el joven Bonaparte otros profesores que no emocionaron en lo más mínimo su ánimo. Podemos citar, además, á Mr. Javilliers, profesor de baile, de quien aprendió la marcha, las reverencias y el paso de contradanza. ¿Se acordaría de estas lecciones al verse tan lisonjera y ceremoniosamente saludado en el salón de las Tullerías?

En resumen. Al ingresar Bonaparte en la Academia de Brienne era ésta lo que da á entender la siguiente descripción de Chuquet, basada en los informes del subinspector Reynaud des Monts: «...Los alumnos no lo pasan mal; la comida es buena; las aulas y los patios de recreo están regularmente acondicionados; pero, excepto en matemáticas, la enseñanza es floja y los ejercicios de adorno muy medianos, aunque predominan sobre los demás estudios...»

Puede añadirse, entre otros pormenores interesantes, que los alumnos oían misa diaria, practicaban devociones mañana y noche, y confesaban y comulgaban cada mes. A pesar de la asiduidad de los ejercicios religiosos, Napoleón perdió en la escuela de Brienne el sentimiento de sencilla piedad y profunda fe con que había entrado, gracias al ejemplo de su madre. ¿Cómo se efectuó este cambio? Acaso se encuentre la causa principal en los rumores de inmoralidad que corrían acerca de las costumbres de los mínimos. Desde el punto de vista de la moral, no era la orden de mínimos un dechado ni mucho menos, pues aunque no podía vituperársela de disoluta, se mostraba demasiado libre y acomodaticia para que fuesen infundados los rumores acerca de su deficiente ejemplaridad. Napoleón, que tenía la mirada pene-



Silla de manos de Leticia, madre de Napoleón.  
(Consérvase aún en su casa de Ajaccio.)